

Horizontes
de la Cultura

24/2/63

NEKRASOV EN EL DESHIELO

por DIEGO MIRAN

Uno de los primeros novelistas soviéticos beneficiados con el "deshielo" del anti-stalinismo fue Víctor Nekrasov, del cual ya han sido traducidas al español —y a otras varias lenguas— dos novelas. Una de ellas ha concitado el elogio de Occidente, la popularidad en su patria y, aquí y allá, comentarios de crítica y adhesión. Esta novela se titula "Kira" y acaba de aparecer en España (Editorial Mateu, Barcelona, 1962). Su autor apenas alcanza la cuarentena y no pertenece a la "nueva ola" de los poetas como Ievtushenko o Voznessenski. Hizo parte de la guerra en Stalingrado, de cuya experiencia extrajo "En las trincheras de Stalingrado" (1945). Luego, buscó los temas del recuerdo provinciano en "La ciudad natal" (1954) sin dejar de insertar en la anécdota campesina alusiones a la política.

"Kira" salió en 1961, en la revista "Novy Mir", que fue y sigue siendo el bastión de la libertad creadora contra las imposiciones del sectarismo y la burocracia.



El argumento de la novela es simple y, sin embargo, audacísimo para el ambiente de opresión literaria del mundo intelectual soviético: narra la historia de un joven escritor que fuera acusado por el stalinismo de "enemigo del pueblo" —y no se sabe ni se sabrá nunca por qué—, cuya mujer, una muchacha escultora, alocada e imaginativa, cuando el esposo es deportado a Siberia, queda libre, contrae un segundo matrimonio de piedad e interés, y convierte al muchacho que le sirve de modelo en su amante. Un día, vuelve Vadim, el marido. El conflicto entre el amor, que persiste,

y la convención, que maniat a Kira, apunta dramáticamente en el relato.

La novela no es extraordinaria y en Occidente su tema no pasaría de ser un asunto sin mayor relieve. Pero dos circunstancias la hacen excelente: de una parte, la habilidad con que Nekrasov ha sorteado los problemas de la censura insumiendo en la narración una profunda crítica a los defectos de la vida rusa contemporánea, y de otra el clima cheioviano —semejante al de aquel maravilloso cuento titulado "La atolondrada"— en que se desarrolla la acción. En la sencillez y hondura melancólicas de la narración está la gran tradición que va de Gogol a Cholojov, pasando por Tolstoi. El novelista ha bebido en fuentes preciosas y ha extraído de ahí la esencia de una gran literatura.

Aunque la actual situación no es todavía para los escritores soviéticos la de una plena posibilidad realizadora, puesto que los literatos oficiales continúan desgarrándose las vestiduras ante el menor asomo de imaginación y espíritu crítico, puede afirmarse que difícilmente se volverá a los estrechos términos a que Zdanov, el funcionario de la reglamentación artística staliniana, confinó la imaginación creativa. El hecho de que editoriales no-comprometidas (Julliard, en Francia; Feltrinelli, en Italia; Grove Press, en Estados Unidos, y otras) adquieran los derechos de novelistas soviéticos contemporáneos como Nekrasov, es significativo: la literatura rusa recupera su antigua importancia, que tan decisiva fuera especialmente en el siglo XIX, para el desarrollo de la literatura mundial (piénsese sólo en Dostoievsky).

Al lado del autor de "Kira" hay hoy en la URSS varios nombres notables. Han sido revelados a Francia en una edición especial de "Les lettres nouvelles". Ellos son: Tendriakov, Tvardovsky, Naguibine, Kazakov, Kron, Panova, Poliakov, Bergoltz, Aksionov, Vivokurov, etc. El "deshielo" no sólo les ha permitido a estos artistas dar rienda suelta —con la energía contenida de varias décadas de auto-censura y miedo— a sus facultades expresivas sino a la fuerza poética original de su raza y su cultura.